Perseverancia

Kevin Maddalena

E

n un barrio bajo, de la zona sur del conurbano, vivían María y Rubén. Ellos tenían dos hermosas princesas llamadas Tatiana y Agustina. Una mañana, las chiquillas se levantaron y encontraron a su querida madre llorando sin consuelo, ella estaba sentada en la cocina, las nenas se le acercaron y le preguntaron -¿Qué te sucede mamá?-. Con un nudo en la garganta contestó que no tenía nada para hacerles de desayunar, ni tampoco para comer en el día.

Rubén era el encargado de mantener a salvó ese dulce hogar, salía desesperadamente a golpear todas las puertas de la ciudad en busca de trabajo. En las noches, volvía a su casa angustiado y descorazonado, pero aún así, abrazaba con amor a sus queridas niñas y saludaba a su amada esposa con un dulce beso.

Por más dificultades que había en la casa, Tati nunca dejó de ir a la escuela. Era una alumna ejemplar y en todas las materias se sacaba diez. Por las tardes, salía con una canasta a vender el pan casero que elaboraba su madre, para así poder comprar la comida y los pañales para su hermanita que todavía era una bebe.

Los meses fueron pasando y el padre no le encontraba solución a los problemas cotidianos. Se sentía fracasado, discriminado y a donde iba le cerraban las puertas en la cara, sólo por ser de la villa.

Los fines de semana, María con la compañía de sus hijas, iba a vender ropa usada a la feria del barrio. Con ese poco dinero, compraba mercadería para que en el trayecto de la semana pudiera hacer esos deliciosos guisos que tan bien le salían. Mientras que Rubén, se pasaba caminando horas y horas por las calles de la gran ciudad, en busca de alguna changa o algún trabajo semanal.

Un día, sentado en el umbral de la puerta de un edificio, descansaba y disfrutaba de la viandita que le preparó su mujer. Cuando de repente, como por arte de magia, alzó la mirada al cielo, como si alguien lo hubiese llamado. No tardó en divisar aquel folleto que decía: “se busca electricista del automotor”. De un salto se acercó hasta la vidriera del local y quedó a la espera de que los dueños regresaran. El alma le volvió al cuerpo, él era especializado y matriculado para ese trabajo. La secretaria no tardó en llegar, se topó con la presencia de un padre desesperado en busca de un puesto laboral. Muy amablemente la joven hizo pasar al caballero, le tomó los datos para poder localizarlo en cuanto lo haya hablado con sus patrones. Él con una sonrisa agradeció y se marchó, camino varias cuadras hasta la parada del colectivo que lo dejaba cerca de su hogar; al llegar abrazó bien fuerte a sus princesas, eso era lo que más amaba. Después saludo a la esposa y juntos charlaron de lo que hicieron en la jornada.

Al día siguiente, los rayos del sol se filtraban por las rendijas de las ventanas de la habitación. El joven padre se levantó y preparó el desayuno, media hora después, su Nokia mil cien empezó a sonar. Esa fue la llamada del desahogo, la suerte se había puesto de su lado. La familia Gomes de a poco fue saliendo adelante, hasta cumplir con cada unos de sus anhelos. La mayor bendición fue que las nenas pudieron seguir estudiando, como sus demás compañeras, sin necesidad de salir a la calle a vender nada.

Inolvidable experiencia para la memoria de Tatiana, que ha estudiado con mucho esfuerzo para poder recompensar el sacrificio de sus padres.